

CAPUCHINOS DEL ANTIGUO CONVENTO DE RENTERIA

Por P. ANSELMO DE LEGARDA

Ciertas ruinas de castillos medievales se convirtieron en fuente de inspiración para algunos escritores románticos. En sus leyendas fingían que en noches señaladas, entre el fragor de la tormenta o a la tenue claridad de la luna velada, se alzaban misteriosas sombras de guerreros de otros tiempos y hasta blandían espadas caballerescas en defensa de ideales imperecederos.

En 1835 la villa de Rentería vio arder el convento de capuchinos sobre el que tenía patronazgo desde hacía más de doscientos años. Las ruinas ennegrecidas movieron a lástima, pero no tuvieron la suerte de suscitar la inspiración de ningún escritor imaginativo.

Esto no quita que, gracias a los datos conservados en los archivos, podamos evocar hoy no las sombras fantásticas, sino los nombres verdaderos de buen número de frailes que, al correr de los años, moraron en aquel convento y vivieron en contacto con los habitantes de la villa en sus iglesias, en la calle y en los caseríos.

Datos de los archivos pasaron al *Necrologio de los frailes menores capuchinos de la Provincia de Navarra-Cantabria-Aragón...*, compuesto por el P. Crispín de Riezu y publicado en Pamplona en 1958.

Espigando en sus páginas me he hallado con una larga teoría de capuchinos que fueron habitando en el convento de Rentería. Tan larga que me he visto forzado a seleccionar con preferencia a los autóctonos.

* * *

El primero en llegar a estas tierras debió de ser el P. Gabriel de Luna o de Aragón. En 1612 era guardián del convento de Pamplona, recién fundado, cuando recibió de su superior el encargo de gestionar el ingreso en Guipúzcoa. Lo intentó en balde en San Sebastián. Pero en Rentería le dieron muy buena acogida.

Los frailes, presididos por el P. Serafín de Barbastro, pasaron a su flamante convento el 15 de agosto de 1617.

En 1636 figura como guardián el P. Francisco de Rentería.

Tres años más tarde, tras el incendio de la villa por el ejército francés, temieron los religiosos que los superiores ordenaran el abandono

casi total de la casa. Once de ellos abogaron por la permanencia. Se llamaban Buenaventura de Aoiz, Miguel de Boltaña, Bernardo de Pamplona, Felipe de Sesa, Juan de Loarre, Benito de Estella, Buenaventura de Magallón, Lorenzo de Magallón, Bartolomé de Baztán, Francisco de Monegrillo y Jerónimo de Barasoain.

Consta que en 1654 siguen cumpliendo puntualmente las cláusulas de la fundación: en el convento confiesan y predicán en euskera, "en la lengua universal de esta nobilísima Provincia". Los confesores euskeldunes son cinco. En esa década figura como superior el P. Dionisio de Leizaur.

En 1660 eligen guardián al P. Juan de Barasoain, predicador distinguido; y como vicario, al P. Diego de Ezperun.

El P. Andrés de Tafalla, en 1664, dirige en Rentería los estudios filosóficos de ocho estudiantes capuchinos.

Pamplona es por entonces vivero de frailes y de superiores. Como superior de Rentería llega el P. Gaspar de Pamplona en 1667 y, tres años más tarde, el P. José Félix de Pamplona.

Siguen el P. Sebastián de Oyarzun, el P. Ignacio de Zarauz y el P. Juan Bautista de Vergara.

En 1677 se advierte en el convento de Rentería una extraordinaria afluencia de capuchinos, por razón del capítulo. A los pocos meses abraza la vida capuchina el P. Joaquín de Rentería.

Cuatro años después tienen como vicario al P. Juan Francisco de Errazu, y un lustro más tarde fallece en Rentería el P. Francisco de Irún.

En 1693 nombran superior al P. Juan Bautista de San Sebastián, que tiene en la comunidad a otro donostiarra, el P. Buenaventura.

El P. Francisco de Aizpún, buen misionero, rige el convento como superior durante varios años, desde 1696. Y sigue sus huellas el P. José de Idiazábal.

Esos años fallecen en Rentería el P. Jacinto de San Sebastián y Fr. Pedro de San Sebastián.

En 1713 arden en fiestas la villa y las poblaciones vecinas: los capuchinos celebran con rumbo inusitado la canonización de San Félix de Cantalicio.

Al año siguiente eligen vicario al P. Marcos de Urnieta, y en 1716 al P. Marcos de Guernica que años más tarde regirá la casa como superior.

Año agitado el de 1719. El ejército francés cruza el Bidasoa por Vera el 21 de abril. El 18 de junio toman Fuenterrabía: el 2 de agosto, San Sebastián y el 17 de agosto su castillo. Los capuchinos de Rentería abandonan su convento y se refugian en los conventos de la Ribera de Navarra. El jefe de los invasores, duque de Berwick, manifiesta su sentimiento al limosnero de Fuenterrabía, Fray Pedro de Unzué. Lamenta que hubiesen huído medrosos tantos religiosos de aquellos conventos: ningún daño hubieran padecido de la tropa ni les hubiese fal-

tado lo necesario para su alimento. Así lo refiere el P. Celestino de Añorbe en su historia de *La antigua Provincia capuchina de Navarra y Cantabria*.

En 1719 aparece como vicario el P. Saturnino de Arquiniáriz que en años posteriores será superior del convento.

Lo es en 1722 el P. José Domingo de Oyarzun. Seis años después envían como delegado al capítulo al P. Francisco de Azpeitia.

A los noventa años de su fundación el convento de Rentería había levantado una buena enfermería. A eso obedece que crezca posteriormente el número de difuntos de aquella comunidad. Allí fallecen en 1732 el P. José de Zarauz; en 1734, Fr. Francisco de Atáun; en 1737, Fr. Diego de Zarauz; en 1740, Fr. Fermín de Lacunza.

En ese decenio, dos de Cizúrquil, los PP. Manuel y Bernardo, figuran como vicario y guardián. En 1744 nombran vicario al P. Esteban de Vera, que años más tarde será superior.

En 1748 el P. Angel de Garinoain (Bernardo Pérez de Azanza) es pasante del curso de teología de Rentería. Posteriormente recorrerá como misionero la zona de habla euskérica.

En 1751 fallece en Rentería aquel Fr. Pedro de Unzué, interlocutor del duque de Berwick.

El P. Pío de San Sebastián (Pío Quinto de Garnier) será tres veces superior, desde 1766. Lo es en 1769 el P. Francisco Ignacio de Oyarzun. Como misionero figura el P. Miguel de Berástegui (Juan Miguel de Arambide), al año siguiente.

Desde 1774 vemos como vicario y guardián, durante varios años, al P. Francisco de Fuenterrabía (Ignacio Antonio Mugarrieta).

En 1777 muere en Rentería el P. Vicente de Azcoitia (Vicente Larrañaga). Y ese mismo año nombran misionero para la zona euskérica al P. José de Puente la Reina (Martín de Santamaría). Y comienza a figurar como vicario de Rentería el P. Veremundo de Arellano (Ramón Antonio de Goñi), que luego será superior una y otra vez.

El P. José de Motrico (José de Urquidí), vicario en 1778, será superior en 1786. El P. Juan Bautista de Sumbilla (Juan Bautista Larrain) vicario en 1781.

Cinco años más tarde fallece en Rentería el P. Juan Crisóstomo de Asteasu. En 1789 y 1791 figura como vicario el P. Manuel de Motrico (José Manuel Arana).

En 1790 fallece en Pamplona el P. Marcos de Rentería. Es fácil que por estos años hubiesen oído en Rentería al predicador y misionero euskeldún P. Manuel María de Azcoitia (Manuel María Zabala), vicario y guardián de Vera, que a los veintinueve años, en 1767, había abandonado la marina, en la que era alférez, y había vestido el hábito capuchino.

En 1792 figura como vicario el P. Pedro de Asteasu (Pedro Antonio Urquidízar). Y allí muere en 1803.

El P. Fermín de Echarri (Fermín Gazólaz) fue el predicador ordinario de la villa de Rentería durante ocho años seguidos, y en 1792 intervino eficazmente y con éxito para que se restableciera la concordia entre la Villa y el convento.

En 1793 fallece en Rentería el P. José de Urnieta; y al año siguiente mueren tres: el 14 de febrero, el P. Vicente de Grávalos; el 5 de abril, el P. Miguel de San Sebastián; y el 31 de mayo, el P. Francisco de Lodosa.

Es de creer que la declaración de guerra a los regicidas franceses en 1793 y la proximidad de sus tropas al año siguiente les habrían alarmado a los capuchinos de Rentería. Y mucho más la presencia de los revolucionarios en Vera, Irún, San Marcial, Fuenterrabía, Pasajes, San Sebastián: la alarma se habría convertido en pavor. Es posible que algunos hubieran emigrado para prestar socorro en los numerosos hospitales sembrados a la sazón por Navarra, desde Roncesvalles hasta Tudela.

En 1795, año de la paz de Basilea, encontramos en Rentería, como vicario, al P. Norberto de Pamplona (Juan de Loyola), y con el mismo cargo al P. Francisco Javier de Ochagavía en 1798, año en que gobierna allí como guardián el P. Juan Evangelista de Oñate (Bernardo Zabala).

En 1803 está destinado como guardián de Vera el P. Agustín de Barasoain (Agustín de Arizu), misionero euskeldún, igual que el P. Fernando de Anchóriz (Fernando Ardanaz) y que el P. Rogerio de Arazuri (Joaquín María de Eraso).

En 1807 figura como Vicario de Rentería el P. José de Irún (Atanasio Bartolomé de Emparan).

La guerra de la Independencia turba la paz de la comunidad. Por no prestar juramento de fidelidad a José Napoleón I, a la Constitución y a las Leyes, siete frailes, no todos, abandonan el convento el 11 de febrero de 1809. El 28 del mismo mes dan la orden de perseguirlos. Son seis sacerdotes y un hermano no clérigo y se llaman Joaquín de Estella, Félix de Mendigorria, Rogerio de Arazuri, Gabriel de Cizúrquil, Lorenzo de Cirauqui, José de Lodosa y Miguel de Arraiza.

El 27 de setiembre de ese mismo año fallece en Rentería el P. José María de Azcoitia (Pedro Ignacio Aldasoro).

En 1814 figura como guardián el P. Miguel de Villabona (Miguel José de Zumeta), y como vicario, el P. Santiago de Arazuri (Quintín de Eraso).

En 1820 fallece en Rentería el P. Francisco de San Sebastián (José Manuel Miguel de Iturburu).

Años borrascosos de nuevo. En 1824 eligen guardián al P. José de Los Arcos (Miguel López Belaza), y vicario, al misionero euskeldún P. Francisco Javier de Unzué (Francisco Arbeiza).

En 1830 es guardián el P. Esteban de Vera, y en 1833 el P. Buenaventura de Andoain (Pedro Ignacio de Cenoz).

Estamos en vísperas de la catástrofe final.